

Sección internacional

ASUNTOS GENERALES

Cumbre de los Siete en Munich: rumbos distintos, misma orientación

A principios de julio último se celebró en Munich la reunión anual de los líderes de las principales potencias industriales (Alemania, Canadá, Estados Unidos, Francia, Italia, Japón y el Reino Unido). Fue la XVIII Cumbre del Grupo de los Siete y la primera de la posguerra fría, luego del derrumbe de la URSS.¹ Aunque en un entorno distinto, los temas se repiten, al igual que los intentos vanos de lograr acuerdos de importancia. Como en los encuentros de Colorado Beach (1976), Venecia (1980) y Ottawa (1981), en el de Munich se confirió una enorme atención al control inflacionario y, como en el de Londres (1977), se reconoció la necesidad de impulsar el crecimiento económico mundial.

Otro tema recurrente han sido las relaciones Este-Oeste, cuyo antagonismo del pasado motivó que Estados Unidos planteara en la Cumbre de Versalles (1982) el bloqueo tecnológico selectivo contra la Unión Soviética. La beligerancia occiden-

tal, sin embargo, se suavizó un poco en la de Williamsburg (1983). A esas coincidencias de temas y aspiraciones se podrían añadir muchas otras.²

Estos encuentros se iniciaron en 1975, por iniciativa de Valéry Giscard d'Estaing y de Helmut Schmidt, con la finalidad de que las potencias occidentales examinaran conjunta y periódicamente los problemas de la economía y el orden mundiales más apremiantes. El grupo original —llamado de los Cinco— congregó a Estados Unidos, Francia, Japón, el Reino Unido y la República Federal de Alemania. En 1987 se incorporaron Canadá e Italia para constituir el actual Grupo de los Siete (G-7).

Además de los jefes de Estado y de Gobierno, a las reuniones asisten sus ministros de Economía y Hacienda, la Comisión Europea y la representación del país que en ese momento presida el Consejo de Ministros de la Comunidad Europea.³

La primera cumbre se celebró en Rambouillet, Francia, con el propósito de encontrar caminos para superar la recesión económica internacional y hacer frente a la crisis petrolera. Al principio las reunio-

nes fueron más bien informales, sin mucha publicidad. Después se institucionalizaron, pero, a menudo la discusión conjunta cedió lugar a arreglos bilaterales y los resultados se limitaron a la presentación de comunicados conjuntos sin compromisos específicos.

Según los especialistas, la cumbre de 1987 en Venecia resultó la más intrascendente hasta entonces realizada.⁴ Esta peculiaridad tal vez corresponda ahora a la de Munich. Seguramente los gobernantes allí reunidos experimentaron la sensación de estar ante algo ya vivido, pues, como en julio de 1991 en Londres, la recuperación económica mundial fue uno de los asuntos centrales de la agenda. En la capital inglesa se consideró que dicha reactivación "estaba a la vuelta de la esquina"; un año después, la esquina parece más lejana.

Durante el cónclave en Londres prevaleció la incertidumbre en torno a la economía y el comercio. También hubo claras discrepancias en asuntos clave, como el tipo de apoyo que se debía otorgar a la Unión Soviética, en pleno derrumbe económico, para impulsar la perestroika y la integración del gigante socialista en la economía de mercado. Pese a los intentos de Mijail Gorbachov para obtener ayuda financiera concreta, sólo consiguió asistencia técnica para la reforma económica, algún apoyo de la OCDE y una mem-

1. En esta ocasión los representantes de los siete países más industrializados fueron Giuliano Amato (Italia), George Bush (Estados Unidos), Helmut Kohl (Alemania), John Major (Reino Unido), Brian Mulroney (Canadá), François Mitterrand (Francia) y Kiichi Miyazawa (Japón).

2. Véase en *Comercio Exterior*, "Encuentro en Venecia", vol. 30, núm. 7, julio de 1980, pp. 726-730; Carlos Ábalo, "Versalles: desencuentro de siete", vol. 32, núm. 8, agosto de 1982, pp. 856-863; "Williamsburg: humo blanco para los euromisiles", vol. 33, núm. 6, junio de 1983, pp. 556-560.

3. Ramón Tames, *Diccionario de economía*, Alianza Editorial, Madrid, 1988, pp. 139-140.

4. Homero Urías, "Cumbre en Venecia: ¿hacia la recesión?", *Comercio Exterior*, vol. 37, núm. 7, México, julio de 1987, p. 575.

breña especial en el FMI y el Banco Mundial. Con ello triunfó la posición de Estados Unidos, Japón y el Reino Unido frente a la de Alemania, Francia e Italia que consideraban preferible aportar créditos e inversiones para facilitar la transición de la economía soviética.

Por otra parte, en vísperas de la Cumbre de Londres había la expectativa de que en ella se pudiera superar el estancamiento de las negociaciones de la Ronda de Uruguay. Al final, sin embargo, sólo hubo vagos compromisos para tratar de concluir antes de que terminara 1991. Otros propósitos fallidos fueron los de abatir los desequilibrios presupuestarios y buscar el descenso de la tasa de interés. Los participantes adoptaron también acuerdos relacionados con la seguridad hemisférica, las sanciones a Irak, el papel de la ONU, la autodeterminación de Yugoslavia y la reducción hasta 66% de la deuda oficial de los países más pobres.⁵

Las circunstancias

La Cumbre de Munich se realizó en medio del vacilante desempeño de la economía mundial y la aparición de signos recesivos. Con excepción de Japón, el debilitamiento de las actividades económicas afecta sobremedida a las potencias industriales y origina graves problemas de desempleo. Con la gradual pérdida de dinamismo de esas economías confluyen los enormes desequilibrios fiscales y externos, el persistente proteccionismo comercial (avivado en gran medida por la disputa entre la CE y Estados Unidos por los subsidios agrícolas), la inestabilidad de los mercados financieros y el ensanchamiento de la brecha Norte-Sur.

A comienzos de 1992 muchos economistas pronosticaron que la economía internacional registraría un avance impetuoso durante el año. Ante los desalentadores resultados del primer semestre, sin embargo, se reconsideraron los vaticinios y se ha estimado que no habrá mejoría significativa antes de 1993.

5. María Antonieta Barragán, "Impasse en la cumbre de los siete", *Expansión*, México, 16 de octubre de 1991, pp. 26-30.

La OCDE prevé que el crecimiento promedio de las economías industrializadas será de apenas 1.8% en 1992 (tras un avance de 1% en 1991), pero avisora uno de 3% en 1993. Sin considerar a Japón, ninguno de los países del G-7 parece tener capacidad de maniobras fiscales en pos del crecimiento. El FMI, incluso, señaló que la prioridad actual de los gobiernos es reducir sus déficits y no elevarlos.⁶

Los contrastes en el desempeño económico se registran no sólo entre los países del Norte y del Sur, sino también entre las propias naciones industrializadas. En 1991 la economía de Estados Unidos sufrió un virtual estancamiento, mientras que la de Japón creció 3.4% y la de la CE avanzó alrededor de uno por ciento.

Unos meses antes de la Cumbre de Munich, el periódico estadounidense *International Herald Tribune* puso de relieve que la desvinculación en la dinámica de las principales economías del orbe atañe a las bases mismas de las políticas macroeconómicas. Con frecuencia los estadistas participantes en la reunión se encuentran agobiados por grandes problemas económicos y políticos internos. No es aventurado suponer que las preocupaciones individuales dificultan la visión global necesaria para resolver los problemas de la economía mundial. En las dificultades de coordinación entre los miembros del G-7 subyacen, además, los intereses geoestratégicos nacionales.⁷

Entre las preocupaciones comunes de los Siete figuran los onerosos costos de la lucha contra la inflación, reflejados sobre todo en las altas tasas de desempleo. En aras de una reactivación económica generadora de empleos, por ejemplo, Estados Unidos intensificó las presiones para que Alemania redujera sus tasas de interés y para que Japón diera más impulso a su demanda interna que a su empeño exportador.

6. "Escasos márgenes para impulsar el crecimiento en el G-7", *Excelsior*, 3 de julio de 1992.

7. John Saxe-Fernández, "Norte-Norte, conflicto entre potencias", *Excelsior*, 21 de julio de 1992.

Los actores

Alemania. Pese a contar con una democracia sólida, una de las economías más poderosas del mundo y un elevado nivel de bienestar social, Alemania tiene graves problemas a causa de su reunificación con la otrora República Democrática Alemana. En 1990 la economía germana registró un avance de 4.5%, pero en 1991 el crecimiento se redujo (3.1%) y durante el año en curso se desaceleró aún más. En el G-7 se ha criticado con severidad el cuantioso déficit público del país, así como el mantenimiento de altas tasas de interés para prevenir la inflación. Así, el 1 de julio último se aprobó un proyecto de presupuesto para 1993 que impone, entre otras medidas, severos recortes del gasto para financiar la transferencia de subsidios a la antigua Alemania Oriental. Con la austeridad presupuestaria se pretende reducir el déficit fiscal y crear condiciones más propicias para que el Bundesbank disminuya las tasas de interés.

Conforme al presupuesto aprobado, el gasto total apenas tendrá un crecimiento nominal de 2.5%. Los mayores recortes se aplicarán en los gastos de defensa, mientras que los recursos previstos en apoyo del empleo y la construcción de carreteras en la zona oriental se elevarán 8.8 y 10.7 por ciento, respectivamente.⁸ Junto con el presupuesto, se anunció un plan para limitar a 2.5% el aumento anual del gasto nominal durante el próximo cuatrienio.⁹

Las autoridades alemanas consideraron que esas medidas para reducir el déficit público y estimular la demanda representan una contribución importante a la actividad económica mundial y que por ello merecían la aprobación de los demás miembros del G-7. Sin embargo, admitieron que las tasas de interés del Bundesbank alcanzaron niveles extraordinarios debido a las fuertes presiones inflacionarias por el creciente déficit interno vinculado a los esfuerzos financieros por la

8. Quentin Peel, "German Austerity Budget Gets Go-ahead", *Financial Times*, 2 de julio de 1992.

9. "The Troubles of the G-7", *Financial Times*, 4 y 5 de julio de 1992.

reunificación (unos 260 000 millones de marcos en el bienio 1991-1992).

La restructuración de la economía de los territorios orientales exige una mayor transferencia de recursos desde el lado occidental y, en la medida en que haya resistencia ciudadana, se intensificarán las presiones inflacionarias.¹⁰ El control de éstas mediante el endurecimiento de la política fiscal se desconsideró por razones internas y electorales. La política monetaria alemana obliga a que las otras economías de la CE también fijen altas tasas de interés y que se luche por mantener el equilibrio del Sistema Monetario Europeo, con el consiguiente encarecimiento del capital y la pérdida de potencial de crecimiento de Europa occidental. Así, ésta paga el costo de la reunificación alemana con "atonía económica" y altas tasas de desempleo. Las repercusiones se extienden, desde luego, a Estados Unidos y al conjunto de la economía internacional. A mediados de julio pasado el Bundesbank aumentó 0.75 puntos la tasa de descuento, más de lo esperado. La medida hizo tambalear los mercados de acciones y bonos mundiales. Con todo, la OCDE apoyó la decisión del banco central alemán de sostener altas tasas de interés para reducir la inflación a 2% o menos.¹¹

Canadá. El gobierno de Brian Mulroney lidia con arduos problemas internos. La federación creada hace 125 años se enfrenta a la posible separación de la provincia francohablante de Quebec. Para evitarlo, el Gobierno preparó un paquete de propuestas constitucionales de amplio alcance.¹² En el terreno económico, desde el segundo trimestre de 1990 Canadá sufre "el estancamiento más largo desde los años treinta". Después del vigoroso dinamismo mostrado en el decenio de los ochenta, en 1990 la economía creció apenas 0.5% y en 1991 retrocedió alrededor de 1.5 por ciento.

Con el debilitamiento de la actividad económica se redujeron las tasas de interés de corto plazo, pero el fracaso en eliminar los déficit presupuestarios mantuvo elevadas las tasas de interés de largo plazo. En la actualidad se busca instrumentar una estrategia para abatir el déficit público hacia mediados de los noventa.¹³

La recesión en Canadá y en el Reino Unido ha sido más severa que en Estados Unidos. Ambos países experimentaron intensas presiones inflacionarias en el bienio 1989-1990, lo que exigió respuestas políticas más vigorosas. A diferencia del país insular europeo, en Canadá las tasas de interés son menores y los incentivos fiscales más amplios. El manejo de éstos, no obstante, ha sido cauteloso y las autoridades canadienses esperan obtener considerables progresos hacia la consolidación fiscal en 1992 y 1993.

Estados Unidos. Para la única "superpotencia" imperante el panorama no es precisamente promisorio. Las ambiciones reeleccionistas del presidente George Bush parecen zozobrar ante el magro desempeño de la economía, cuyo crecimiento fue de 0.9% en 1990 y de apenas 0.2% en 1991. Este virtual estancamiento se debió, entre otras razones, a la debilidad de la demanda interna, el deterioro de la inversión y la falta de recursos frescos para financiar la reactivación productiva. El desempleo, por ejemplo, siguió en aumento y, unos días antes de la Cumbre de Munich, se informó que en junio último se había registrado la mayor tasa desde 1984: 7.8 por ciento.

El déficit fiscal apunta hacia un monto nunca visto de 400 000 millones de dólares. En consecuencia, los márgenes de maniobra del gasto público como instrumento de reactivación son muy estrechos. Por ello, uno de los propósitos de Estados Unidos en la cumbre de Londres fue presionar una baja de las tasas de interés internacionales para propiciar la reactivación de la economía mundial. Sin considerar la larga cadena de crecientes déficit presupuestarios estadounidenses, el secretario del Tesoro, Nicholas Brady, fustigó

las políticas económicas de Alemania y Japón.

Otros objetivos que se trazó Estados Unidos fueron desempañar las negociaciones de la Ronda de Uruguay del GATT y ratificar el apoyo a Rusia. El 30 de junio el presidente Bush anunció que se aceleraría el otorgamiento de créditos a la antigua superpotencia socialista para permitirle adquirir 300 millones de dólares en productos agrícolas. Tal cantidad forma parte de un paquete de financiamiento por 600 millones de dólares anunciado el 6 de mayo último. Como muestra adicional de apoyo, Bush se refirió a la eventual propuesta de que Rusia ingrese al G-7 en virtud del potencial que presenta su "enorme economía".

La conjunción de factores recesivos despertó, en pleno tiempo electoral, una enorme incertidumbre acerca del rumbo de la economía estadounidense. Como reflejo de la pérdida de competitividad económica, el país que genera poco más de un cuarto de la producción mundial pasó a ser el mayor deudor y a soportar cuantiosos déficit comerciales. La insistente afirmación presidencial de que la economía "marcha mejor de lo que se cree", así como los pronósticos oficiales de pronta recuperación, han sido doblegados por la fría realidad de las estadísticas.

Francia. Detrás de Estados Unidos, Alemania y Japón, Francia es el cuarto exportador mundial y uno de los países con mejores resultados en la modernización productiva y la búsqueda de la competitividad. A pesar de que la economía gala creció apenas 1.2% en 1991, luego de un avance de 2.8% en 1990, informes recientes de la OCDE consideran a Francia como una de las potencias industriales con mejor desempeño.¹⁴ Sin embargo, el presidente François Mitterrand pierde popularidad y el país resiente los embates de una fuerte desocupación que se mantiene en cerca de 10% desde hace ocho años. En Francia el desempleo es endémico y se atribuye a deficiencias en el mercado laboral, por lo que es difícil abatirlo sólo con polí-

10. Ugo Pipitone, "La reunión de Munich", *La Jornada*, 7 de julio de 1992.

11. "Continent Weakness on Discount Rate Rise", *Financial Times*, 17 de julio de 1992.

12. Bernard Simon, "Ottawa Awaits Quebec Reply on Separatist Issue", *Financial Times*, 9 de julio de 1992.

13. FMI, *World Economic Outlook*, mayo de 1992, pp. 1-4.

14. Ian Davidson, "French Economy Will Grow 2%, Says OECD", *Financial Times*, 9 de julio de 1992.

ticas monetarias o fiscales. El control de la inflación y las repercusiones de la política monetaria alemana acotaron también el crecimiento económico, pero el franco ha adquirido más solvencia como moneda firme.

Entre los propósitos de Francia de cara a la Cumbre de Munich destacó el de promover la apertura de los mercados para impulsar la economía mundial. De ahí el interés en llevar a buen término las negociaciones de la Ronda de Uruguay. Además, el Gobierno galo preparó una propuesta para anular la deuda de los países más pobres. En lo concerniente al apoyo a Rusia, Francia opinaba que éste se extendiera a las otras naciones de la antigua Unión Soviética y que además se prepararan planes precisos de cooperación con los demás países del Este. En vísperas de las deliberaciones del G-7, se emitió una iniciativa franco-alemana para destinar 500 millones de UME para reparar centrales nucleares en Europa Oriental.

Italia. La menor inversión y el descenso de los gastos de consumo, entre otros factores, originaron un menor crecimiento de la economía italiana durante 1991 (1.4%) en comparación con 1990 (2.2%). La nueva coalición gobernante, encabezada por el primer ministro socialista Giuliano Amato, se comprometió a emprender una honda reforma económica y financiera. Entre los objetivos inmediatos sobresale la reducción del déficit presupuestario, cuya magnitud rebasa los límites comunitarios europeos. Para ello se ha previsto una privatización a fondo de empresas estatales que acreciente los ingresos gubernamentales, el recorte de los gastos y la búsqueda de una mayor autonomía financiera de los gobiernos locales.¹⁵

Debido al desequilibrio presupuestario, la inflación se ha mantenido en alrededor de 6% durante los últimos años. La política monetaria se ha encaminado, en gran medida, a mantener la estabilidad de la lira en el mecanismo cambiario europeo y las tasas de interés registraron fluctuaciones con una tendencia descendente. En cam-

bio, persisten los altos índices de desempleo (más de 11% en 1991), sobre todo en el sur del país.

Japón. La segunda potencia económica del mundo, única del G-7 con amplias posibilidades de ablandar su política fiscal, empezó a resentir los efectos de la atonía internacional. En 1990 la economía nipona mantuvo el dinamismo de los últimos lustros al registrar un crecimiento de 5.6%, pero en 1991 se desaceleró a 3.4%. Al mismo tiempo continuó en aumento el formidable superávit comercial, lo cual redobló las exigencias foráneas de que el país estimule la demanda interna y alimentó las tendencias proteccionistas en el comercio mundial.

La desaceleración del dinamismo económico ha estado acompañada de problemas bursátiles, bancarios y financieros. Además, tanto el Banco de Japón como el Ministerio de Finanzas muestran preocupación por el resurgimiento de las expectativas inflacionarias si intervienen directamente en el curso de las tasas de interés.

El mercado de valores de Tokio se ha desplomado hasta en 60% desde su nivel máximo a finales de los ochenta, debido al menor crecimiento económico, la resaca de la expansión especulativa del decenio pasado, la baja de operaciones con bienes raíces y el efecto acumulativo de la desregulación financiera. Tan sólo en los seis primeros meses de 1992, las acciones perdieron casi un tercio de su valor nominal. En abril último Japón y los demás países integrantes del G-7 coincidieron en que el yen estaba subvaluado y se debía fortalecer para reducir el excedente de la cuenta corriente. La revaluación ulterior de la moneda en principio estimuló las importaciones y restó competitividad a las exportaciones, de manera que surgieron opiniones de que la fortaleza de Japón iba quedando en el pasado.

No obstante, en los primeros seis meses de 1992 el superávit comercial nipón ascendió a unos 49 000 millones de dólares (el mayor registrado en un semestre). Durante junio último las importaciones sumaron 19 200 millones (5.1% más que en el mismo mes de 1991), mientras que las exportaciones se elevaron 10.5% a 28 090 millones de dólares. Según algunos ob-

servadores, ello refleja el deseo japonés de aumentar las ventas al exterior para animar más la economía.¹⁶

Para prevenir las críticas contra el país en la Cumbre de Munich, el Gobierno nipón preparó un programa especial de impulso a la demanda interna para demostrar, sin comprometer medidas nacionales específicas, la voluntad de estimular la economía interna. A ello no fueron ajenas, desde luego, las inminentes elecciones nacionales en la potencial oriental.

A tono con los empeños por afianzar su creciente participación en el liderazgo mundial y su hegemonía en Asia, Japón considera vital la solución definitiva de los problemas de seguridad y pretende infundir esa inquietud a la CE. En vísperas de la Cumbre de Munich, el principal vocero gubernamental declaró que no se puede considerar a Rusia como la octava potencia industrial por la inestabilidad y los drásticos cambios que ha experimentado en los últimos años. Asimismo, aseveró que la presencia de China en las reuniones cimeras atraería una mayor atención a la región asiática.

Reino Unido. El ahondamiento de la crisis del golfo Pérsico en los meses finales de 1990 sorprendió a la economía británica, como a la de otros países industrializados, en medio de una franca recesión acompañada de intensas presiones inflacionarias. En ese año la actividad económica general sufrió una caída de 1%, en tanto que la inflación se acercó a 10%, la tasa de desempleo subió a 6.3% y persistió un enorme déficit en cuenta corriente. El entonces reciente gobierno de John Major prosiguió en parte las políticas anti-inflacionarias del régimen anterior de Margaret Thatcher, pero buscó alentar más la inversión y el consumo.

Durante 1991, no obstante, la economía sufrió un retroceso todavía mayor (-2%), se agravó el desempleo y subsistió la amenaza inflacionaria. Las medidas aplicadas empezaron a rendir ciertos frutos en el curso de 1992, de suerte que la economía

15. Robert Graham, "Amato to 'Change the Rules' in Italy", *Financial Times*, 16 de julio de 1992.

16. Robert Thomson, "Japan's Trade Surplus Heads for Record", *Financial Times*, 14 de julio de 1992.

británica puede registrar una recuperación modesta que detendría el ahondamiento de la crisis.

Pese a la mejoría en las perspectivas económicas, en los últimos meses la libra esterlina mostró un paso vacilante y se debilitó frente al marco alemán y otras monedas duras europeas. Ante ello, las autoridades británicas recurrieron al manejo de las tasas de interés para mantener el valor de la libra. Como contrapartida, persiste el grave problema del desempleo y se estima que en este año habrá unos 2.75 millones de desocupados.

Por otra parte, el Reino Unido ha mostrado interés en que se cumplan los acuerdos de la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro. Con ese fin, emitió una iniciativa para que los países industrializados se comprometan a instrumentar las acciones pertinentes antes de 1994. De igual modo, en Lisboa el Primer Ministro portugués presentó ante la CE un plan de ocho puntos para dar seguimiento a los acuerdos de Río de Janeiro y en el que se respalda la inclusión del tema en la Cumbre de Munich.

Los preludios

Mientras que ninguna de las potencias industriales tiene una situación boyante, la economía mundial parece encaminarse a un largo estancamiento y a la pérdida de estabilidad, a los que no son ajenas las políticas dominantes en el pasado inmediato. El sector privado de los países desarrollados, por ejemplo, está demasiado endeudado para impulsar el crecimiento.

A tan difícil situación se agregan, además, la incapacidad de coordinación de los integrantes del G-7 y los desacuerdos ya poco soterrados entre algunos de ellos. Un ejemplo claro son los que existen entre Francia y Estados Unidos. Si bien no son nada novedosas, el fin de la guerra fría parece avivar las desavenencias, las que comprenden asuntos comerciales, ambientales, militares y estratégicos. Francia ha sido una tenaz promotora de la unidad europea y de la autonomía política del viejo continente,¹⁷ sin sujeción a pre-

tensiones hegemónicas. El propósito común de "iniciar una nueva era de cooperación y sana competencia", plasmado un año antes en la cumbre de Londres, se tornó cada vez más distante.

Al paso del tiempo, las reuniones del G-7 han cobrado fama por sus magros resultados. Los propios responsables de preparar esas negociaciones, incluso, anticiparon que en Munich no habría iniciativas capaces de estimular la recuperación económica y mundial.

En opinión de muchos economistas la atención del G-7 se debía dirigir a propiciar un crecimiento vigoroso, sustentable y no inflacionario. En varios foros previos hubo inquietud por el derrotero final del encuentro de Munich. Durante enero último los responsables de las política monetaria y financiera de los países del Grupo se reunieron en Nueva York para examinar el deterioro de la economía mundial.¹⁸

Durante abril se celebró en Washington una reunión ministerial más del G-7, así como otra con representantes del Banco Mundial y el FMI. Los temas centrales fueron el sombrío panorama de la economía internacional y la situación de los países otrora socialistas. Ambas cuestiones se trataron también en el cónclave que la CE realizó del 25 al 27 de junio en Lisboa. Un día después, en Ginebra concluyó una junta ministerial de los 15 países del Grupo de Cairns. Ahí se demandó a los líderes del G-7 voluntad política y responsabilidad para destrabar la Ronda de Uruguay del GATT. El fortalecimiento del multilateralismo, consideraron esas naciones, es crucial para todos los países ante el difícil panorama económico actual.

Ante el incierto rumbo del comercio mundial, varios especialistas consideraron que el "núcleo de las fuerzas recesivas internacionales" radica en tres problemas fundamentales de tres regiones distintas: i) el estancamiento de la economía estadouni-

dense; ii) el superávit comercial japonés, y iii) la política antiinflacionaria alemana. Tales problemas, en consecuencia, debían ser el centro de las discusiones en la cumbre de Munich.

La reunión

El hogar ancestral de la dinastía que gobernó Bavaria desde el siglo XII hasta fines de la primera guerra mundial, el Palacio de Witteslabach, fue el majestuoso marco de la XVIII Cumbre del Grupo de los Siete. Los dos cónclaves anteriores con sede en Alemania se realizaron en Bonn (1978 y 1985). Como escenario del tercer encuentro en territorio germano, se escogió el espléndido paisaje de Munich y sus bellos castillos.

A pesar de la austeridad presupuestaria, el Gobierno anfitrión gastó unos 21 millones de dólares y montó un impresionante sistema de seguridad. Después de un recibimiento solemne del canciller Helmut Kohl, los siete jefes de Estado y de Gobierno, así como sus ministros acompañantes iniciaron por separado los trabajos. Aun cuando abundaron las opiniones previas de que la agenda correspondiente sería una de las más saturadas, al final se resolvió concentrar la atención en unos cuantos temas y desaparecieron, así, fuentes de posibles fricciones. Kohl reiteró la voluntad de dedicar el grueso de las deliberaciones a los siguientes asuntos prioritarios: i) evolución económica mundial, en especial la de los propios países industrializados; ii) ayuda a las naciones de la otrora Unión Soviética y, en general, a las de Europa Oriental para acelerar en ellas el advenimiento de la economía de mercado; iii) cooperación con las naciones en desarrollo; iv) seguimiento de los acuerdos de la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro, y v) seguridad de las estaciones nucleares de construcción soviética en Europa Oriental y la actual Comunidad de Estados Independientes.

Otros temas enlistados fueron la funesta guerra civil en la anterior Yugoslavia; el acuerdo de Maastricht para la integración europea; la paz de la posguerra fría, y la inconclusa Ronda de Uruguay del GATT.

En la Cumbre de Munich de nueva cuenta

17. Roger Cohen, "Us-French Relations Turn

Icy After Cold War", *The New York Times*, 2 de julio de 1992.

18. Véase Juan Rocha, "La reunión del Grupo de los Siete: mucho ruido y pocas nueces", *Comercio Exterior*, vol. 42, núm. 2, México, febrero de 1992, pp. 172-173.

quedó claro que las siete potencias industriales, pese a compartir numerosos intereses, no pueden lograr una coordinación eficaz y provechosa de políticas económicas. A la explicación usual de las dificultades internas de dichas naciones se agregó, en esta ocasión, los tiempos electorales que se avecinan en algunas de ellas.

Al estilo de otras anteriores, la declaración final del encuentro es pobre en compromisos reales y orientaciones consensuales prácticas en pos de los objetivos comunes. Desde luego, ninguno de los siete participantes dejó de expresar la necesidad de impulsar una expansión firme de la economía mundial, abatir el desempleo, superar los desequilibrios económicos y cooperar con las naciones en desarrollo. El consenso languideció, sin embargo, al momento de definir acciones e iniciativas concretas para cumplir dichos objetivos.

Otro punto de acuerdo general fue la enorme importancia de los acuerdos de Maastrich para la integración europea, al igual que la promesa de ayuda económica al antiguo bloque socialista europeo. También se renovó el ofrecimiento de respaldar a los países en desarrollo, en particular a los que emprenden programas de ajuste estructural de sus economías. Al respecto, se reconoció la conveniencia de crear condiciones más propicias para las exportaciones de las naciones del Sur y aliviar la carga de su deuda externa.

En los principales mercados financieros internacionales se consideraron las conclusiones oficiales de la reunión de Munich como poco esperanzadoras y aun desordenadas. Otra evaluación contundente provino de uno de los propios actores. Sin más cortapisas que la sobriedad diplomática británica, el primer ministro John Major declaró que "no hay acuerdos específicos acerca de nada en la declaración final".¹⁹

Tras reconocer que la amenaza de la recesión agobia a las economías de las po-

tencias industriales, en Munich se convino en adoptar políticas macroeconómicas más estrictas que contribuyan a la estabilidad de precios, el control del gasto público y el fortalecimiento de los mercados. El G-7 admitió las graves dificultades que entrañan los persistentes déficit públicos, el elevado nivel de las tasas de interés y el enorme desempleo. A éste se le consideró como una verdadera "gangrena social", por lo cual se comprometieron a esforzarse para ampliar las oportunidades de empleo por medio de una mejor formación laboral y del desarrollo profesional.

Al admitir que es urgente aumentar la coordinación de sus políticas económicas, las siete potencias examinaron un plan para intentar hacerlo con base en los siguientes puntos: *i)* encaminar las políticas nacionales hacia el crecimiento, pero sin inducir presiones inflacionarias; *ii)* propiciar el descenso de las tasas de interés mediante la reducción de los excesivos déficit públicos y la promoción del ahorro; *iii)* limitar el gasto público, y *iv)* conciliar al máximo los objetivos de crecimiento económico y la protección ambiental, por medio de mecanismos de mercado y la innovación tecnológica que promuevan "hábitos sanos" de producción y consumo. Con respecto a la baja de las tasas de interés, los Siete sólo se comprometieron a "crear las condiciones adecuadas", aunque en el comunicado final se reiteró que cuanto más se reduzca el riesgo de inflación mayor será la posibilidad de disminuir los tipos de interés. Alemania y Japón se mostraron firmes en no sacrificar, en aras de la recuperación mundial, sus avances en la lucha contra la inflación. Si bien la demanda estadounidense de reactivar la economía internacional mereció el asenso general, Alemania subrayó que sólo modificaría su política monetaria después de controlar la evolución de los precios.

Aunque el asunto de las negociaciones inconclusas de la Ronda de Uruguay del GATT no se incluyó de manera formal en la agenda, tal vez por temor de evidenciar un nuevo fracaso, el tema fue objeto de hondas e infructuosas deliberaciones. De nuevo, como en la cumbre anterior de Londres, el único punto de consenso en Munich fue la necesidad de llegar a un pronto acuerdo que evite el colapso del sistema mundial de comercio. Ya el Can-

ciller anfitrión había advertido que, sin un entendimiento previo entre Estados Unidos y la CE acerca de los subsidios agrícolas, sería imposible superar el empujamiento de la Ronda de Uruguay que socava las bases del multilateralismo en el comercio mundial.

Los convidados

A penas concluyeron los trabajos formales de la reunión, un invitado especial se presentó en el Palacio de Witteslabach: el presidente ruso Boris Yeltsin. Al igual que en el encuentro anterior en la capital inglesa, cuando asistió el entonces presidente soviético Mijaíl Gorbachov, el G-7 tuvo un huésped del Este en busca de ayuda occidental. De acuerdo con el FMI, durante 1991 los países del antiguo bloque socialista europeo sufrieron un retroceso económico global de 16.9%. Más aún, se estima que en 1992 el PIB de la extinta Unión Soviética sufrirá una caída de 17.5% y una inflación de 1 000 por ciento.²⁰

La decisión de incluir la asistencia a Europa Oriental entre los temas prioritarios de la Cumbre de Munich despertó, desde luego, el beneplácito de los exsocialistas. De hecho, la ayuda a Rusia resultó el único acuerdo específico del encuentro. Desde abril último, Yeltsin había recibido la promesa de un apoyo financiero por 24 000 millones de dólares, la mitad de los cuales los aportaría Estados Unidos. Como argumento para fundamentar ese apoyo ante el Congreso, el presidente Bush declaró que "la inversión en la democracia rusa es una inversión en la paz mundial".²¹

A fin de cuentas, los Siete se comprometieron a establecer un fondo de 6 000 millones de dólares para apuntalar el rublo y su transformación en moneda convertible. Tal ayuda se supedita a que Rusia presente un programa de reforma económica, con el visto bueno del FMI, encaminado sobre todo a reducir la inflación y el

20. "El FMI confirma los lineamientos de un acuerdo económico con Rusia", *El Economista*, 13 de julio de 1992.

21. "Del ingreso de Rusia al G-7, hablará Bush", *Excélsior*, 3 de julio de 1992.

19. Roger Cohen, "7 Nations Unable to Agree on Trade but See Progress", *The New York Times*, 9 de julio de 1992.

déficit presupuestario. Las potencias occidentales aceptaron un plan de desembolso de recursos del FMI a la exsuperpotencia socialista. En agosto, por ejemplo, se haría una primera entrega de 1 000 millones de dólares para respaldar los ajustes más apremiantes, en espera del programa de reforma integral. También se consideró la reprogramación de la deuda rusa con Occidente y se desechó, a la vez, la posibilidad de una moratoria concertada.

No se desaprovechó la ocasión para exigir que las tropas exsoviéticas abandonen Estonia, Letonia y Lituania y que se devuelvan a Japón las islas Kuriles que el ejército rojo ocupó durante la segunda guerra mundial. El país del sol naciente, incluso, condicionó su participación en la ayuda a Rusia al desenlace de la disputa territorial.

El G-7 recomendó a las demás exrepúblicas soviéticas sentar las bases de una economía de mercado mediante la privatización, la reforma agraria, la promoción de la inversión y el fomento de la competencia. Yeltsin propuso un plan de diez puntos para facilitar la instauración de una economía de mercado en Rusia, así como la creación de un grupo de asistencia técnica para coordinarlas. El comunicado final del encuentro dejó claro que la asistencia occidental a la antigua Unión Soviética y al resto de Europa Oriental depende del progreso de las reformas emprendidas y del mantenimiento de una conducta internacional "responsable". Yeltsin recibió así en Munich un apoyo limitado pero real, no sólo promesas y palabras de aliento como ocurrió con Gorbachov en 1991.

El ingreso de Rusia al G-7 fue descartado, al igual que el de la República Popular China. Desde antes del inicio de la cumbre, Alemania, Japón y el Reino Unido adujeron que la inclusión de Rusia era prematura por no reunir aún las condiciones económicas y políticas para equipararla con las grandes potencias industriales. El 12 de julio último se ratificó el acuerdo de ayuda a Rusia. También se reiteró que el país sólo recibirá más créditos si el déficit presupuestario se reduce a 5% en 1992 y el índice mensual de inflación es de un dígito.

La posguerra fría

Según el comunicado final de la Cumbre de Munich, el fin de la confrontación Este-Oeste brinda una oportunidad única para frenar la proliferación de armamento nuclear. Además de instar a las exrepúblicas soviéticas a firmar un tratado en la materia, el G-7 hace un llamado para evitar la transferencia y la producción clandestinas de materiales nucleares. De igual modo, exhorta a cumplir los acuerdos de desarme suscritos con la otrora Unión Soviética, en especial el START (de reducción de armas estratégicas ofensivas) y el FASI (de fuerzas armadas convencionales).

Pese a ciertas discrepancias, los países industriales convinieron en impulsar un programa de seguridad de las plantas nucleares en Europa Oriental, cuyo funcionamiento puede resentir los estragos de la crisis regional. Los Siete resolvieron apoyar a las naciones involucradas mediante un programa multilateral para garantizar la seguridad de esas plantas, mejorarlas técnicamente y estudiar su replazo por otras fuentes de energía. Estados Unidos y Japón, sin embargo, se opusieron a que se constituyera un fondo internacional para reconstruir las plantas de mayor riesgo.

La declaración final alude al riesgo para la paz mundial que entrañan los conflictos étnicos. Francia propuso organizar una conferencia internacional de la ONU en la que se estudien a fondo los problemas pendientes para consolidar la paz, en especial los relacionados con las minorías étnicas.

Con respecto a la cruenta guerra civil en los territorios de la exYugoslavia, las siete potencias advirtieron a los beligerantes la posibilidad de que se recurra, con base a las recomendaciones del Consejo de Seguridad de la ONU, al uso de la fuerza militar para garantizar el suministro de ayuda humanitaria a Bosnia-Herzegovina. Los Siete tampoco reconocieron a Serbia y Montenegro como únicas representantes de la antigua Yugoslavia, por lo que demandaron excluirla de los foros y organizaciones internacionales. No hubo consenso, en cambio, para realizar la intervención militar multinacional directa en el disgregado país de los Balcanes.

Los desencantos

Durante el encuentro se resaltó la importancia de la reciente Cumbre de la Tierra para cobrar conciencia sobre los atroces desafíos ecológicos globales. Aunque el G-7 se pronunció en favor de una "acción ambiental rápida y concreta", menudearon las acusaciones de que las potencias industriales eluden la responsabilidad de frenar y revertir la destrucción del ambiente. Como prueba de ello, se indicó que el documento final de la Cumbre no incluye compromiso alguno sobre la tan prometida ayuda para preservar la selva amazónica.

Los resultados de la Cumbre de Munich confirmaron, en gran medida, el escepticismo y los augurios pesimistas. Como en ocasiones anteriores, en la misma ciudad se llevó a cabo simultáneamente una "cumbre alternativa" con una visión crítica del orden mundial. En ella se consideró que el documento final de la Cumbre de los Siete es "una fotocopia" del emitido en la anterior. Ante la incapacidad general de las potencias reunidas para resolver sus propias dificultades, se aseveró, es ilusorio pretender soluciones globales de los problemas económicos y ecológicos internacionales. También lo es, se concluyó en la "cumbre alternativa", esperar una atención cabal de las necesidades de los países en desarrollo.

Otra vez la cumbre del G-7 fue escenario de grandilocuentes declaraciones y escasas soluciones. Más que nada, en realidad, se confirmaron los consensos y acuerdos previos. La ayuda a Rusia, por ejemplo, ya se había convenido y sólo faltaba la aprobación colectiva de los mecanismos específicos.

El sentido original de las reuniones como foros de coordinación de las políticas macroeconómicas dominantes, asimismo, parece quedar cada vez más atrás. El Primer Ministro de Canadá, incluso, comentó en tono irónico que el G-7 se podría transformar en G-1, en alusión a la "nueva hegemonía" estadounidense. El encuentro de 1993, cuya sede será Tokio, tendrá el ineludible desafío de trocar los desencantos.

Adriana Márquez de la Mora M.